

INTRODUCCIÓN

El género: experiencias en tránsito

A la altura de comienzos de este nuevo siglo, y desde una perspectiva de la historia, los rasgos de nuestra época nos llevan lamentablemente a retomar la pregunta de siempre, esto es: ¿Son aún las mujeres sujetos esencialmente contemplativos? Y ello, sabiendo como sabemos que el ciclo de la emancipación política y social de las mujeres en el mundo contemporáneo puede darse por cerrado y que por lo tanto debiéramos haber superado la fase del enclaustramiento femenino en la esfera privada; sabiendo además que hoy el foco de atención ya no está en las mujeres del primer mundo sino en las del resto del planeta, afectado de las desigualdades de género más brutales.

Hace algo más de quince años, ya la Conferencia internacional de Beijing (1995) puso de manifiesto que los asuntos que inquietaban a las mujeres del mundo desarrollado –véanse, la paridad salarial con los varones o la supresión de las formas sexistas en las relaciones sociales, por no hablar de la equiparación en el acceso a los puestos de toma de decisiones- tenían poco que ver con aquellos que acuciaban a las mujeres de los países en vías de desarrollo: la erradicación de la violencia masiva y sistemática contra ellas, el acceso a los alimentos, o al derecho a la salud, la educación y la paz. De lo dicho puede deducirse fácilmente que hoy más que nunca se hace obligada no ya citas institucionales, evocadoras de la lucha histórica de las mujeres en la tradición occidental, sino una toma de conciencia, pública e institucional, acerca de la complejidad y trascendencia del género en términos de sujeto histórico.

Recordemos que en los últimos dos siglos, las mujeres alcanzaron progresivamente los elementos que hoy constituyen su ser en la historia. Primero se auparon como sujetos civiles y políticos, adquiriendo a continuación el rango social necesario para incorporarse a la consideración de sujeto histórico. En la segunda mitad del siglo XX, junto con las razas menospreciadas y los pueblos emancipados, las mujeres alteraron el rango unívoco del discurso histórico, tomando primero la voz en él, y después revisando los viejos cánones a partir de la incorporación de experiencias de género.

Hoy sin embargo, hemos de hacernos la antigua pregunta: ¿Son aún las mujeres sujetos esencialmente contemplativos? En nuestra tradición cultural, alterada por los fenómenos de la contemporaneidad, muchos de los hábitos de las mujeres siguen vinculados a su posición de tranquilas observadoras, propia de la esfera privada. En ella, la posibilidad de acción queda nublada por los beneficios que comporta la inmovilidad. A ello contribuye y mucho la industria cultural, tenazmente cultivadora de la pasividad expectante de las mujeres. Siendo en el cambio de siglo el feminismo un elemento cultural inapropiado para tiempos de igualdad de género, la industria cultural se ufana en despreciarlo cuando no ridiculizarlo, en semejante medida a co-

mo lo hicieran los coetáneos de las sufragistas en el tránsito de los siglos XIX al XX. Hoy el foco del problema es distinto, se insiste. Las jóvenes están plenamente liberadas de los yugos patriarcales y las instituciones garantizan la justa participación de todos en la sociedad. La certeza de esta apreciación ha de medirse justamente en la perplejidad que suscita el escuchar en voz alta las frases con que está construida. Para comprender qué es lo que nos choca, habremos de afrontar la idea contra la no menos cierta de que las mujeres occidentales viven hoy cautivas del acogedor *engaño* de la magnífica representación que de sí mismas se hicieron.

En el artificio de la ficción se elimina la posibilidad del trauma real: la necesidad alerta permanente para neutralizar la involución histórica (porque no olvidemos que ningún recorrido en la historia es un fin en sí mismo). Muchas mujeres han perdido hoy la actitud de alerta propia de quienes las convirtieron a ellas en historia; muchas se miran al espejo complacidas por una imagen en la que encuentran autosuficiencia e iniciativa para la acción. Creen que ya nada queda por hacer, que fijar la mirada en el mundo escindido de Beijing 1995 es suficiente a fin de justificar la herencia militante. Ocupémonos, se dicen, de aquellas de nuestro sexo que no han alcanzado nuestros estándares de bienestar. Hagámoslo con proclamas y donativos, pongamos nuestra voz si es preciso en denunciar sus injusticias. Y no les falta razón en que todo ello es menester. A fin de cuentas tampoco inventan nada. El espíritu de la solidaridad es en la historia de las mujeres una tendencia sistemática y fructífera como pocas en la del género humano. Así, mirando en la pantalla del televisor las filas de mujeres harapientas y desplazadas del extenso mundo no privilegiado, se aprecia el valor del camino hecho por las abuelas del feminismo occidental.

Pero incluso estas mujeres preocupadas por todas aquellas que carecen de lo básico tendrían que darse cuenta de que el espacio público conquistado durante generaciones para su experiencia histórica, no habiéndose perdido, se está alargando peligrosamente hacia un recoveco nuevamente íntimo, de naturaleza privada, y compartido esencialmente solo por las mujeres. Es este un lugar ilusorio, acogedor y gentil, que emana de los libros, de las películas, de la televisión y las revistas así llamadas de mujeres; de las industrias de la salud, la higiene, el deporte, la belleza... un lugar de la historia que está contribuyendo a desplazar nuevamente la experiencia pública de las mujeres occidentales hacia el lugar privado. Se ha iniciado peligrosamente un camino de retorno antes de haberse culminado la meta. En él se va dejando atrás el respeto por el trabajo bien hecho de aquellas que nos precedieron, sucumbimos al individualismo, en el más viejo estilo doméstico contra el que ellas lucharon. De este modo, puede que sean hoy las mujeres, aquejadas de la lasitud propia de los tiempos, quienes se tengan a sí mismas como sus peores enemigas.

Traslaciones temporales al margen pues, encuentro similitudes notorias con las bases de partida, allá por el siglo XVIII, tiempos pre románticos en los que quedó definido el elemento cotidiano a partir del cual tendría que desenvolverse la vida del así llamado bello sexo. Merece pues la pena proponer una reflexión en torno al género a propósito del tránsito, del tiempo entre tiempos, de la figura sin perfil, de las normas a medio hacer o las miradas trastornadas sobre objetos despintados. La historia es así, no de otro modo; jamás un claro en un bosque, ni tampoco una rutina. La historia es imprecisión y trastorno, molestia y pulso permanente entre lo dicho y

hecho. Máxime cuando el estudio del género carece aún del engarce adecuado en una sociedad envanecida por el vicio de comparar experiencias históricas y culturales. La puesta en paralelo de estructuras, de procesos amplios, ha solido dejar al margen la perspectiva del sujeto histórico, siendo sin embargo cada vez más habituales los análisis sociales y culturales que acuden al método comparativo para afrontar muchas de sus cuestiones nucleares. Las experiencias en torno al género tienen aquí un campo abierto de lo más fructífero.

Las líneas orientativas para este número de *Cuadernos Kóre* han sido pues los tránsitos de siglo, las experiencias atlánticas y las comparaciones referidas a las experiencias socioculturales. No puede sorprender así que el resultado de la propuesta sea una publicación miscelánea, valiente en sus contenidos y cuyo máximo interés radica en la libertad con que se abordan los temas sugeridos así como la amplitud de perspectivas que abre a nuevas colaboraciones.

Sobre nuestras autoras:

Antonella Cagnolati, de la Universidad de Foggia, Italia, nos traslada a la Inglaterra del siglo XVI con *Un debate sobre la identidad femenina en el renacimiento*, tiempo de tránsito donde los haya, momento en el que la argumentación a propósito de las mujeres está nucleada en torno a su capacitación física e intelectual para el desempeño del poder. Porque el asunto crucial es que los argumentos sugeridos por la representación han sido y siguen siendo los lastres fundamentales de la inserción de las mujeres en los ámbitos de la experiencia. Así, María Teresa González Mínguez, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, España, nos sugiere el perverso mecanismo de la representación femenina en la obra del poeta Cummings, modernista americano, en *On how E. Cummings uses overprotection and victimization strategies to subverte patriarchal traditions*. Casi todo está dicho en asuntos de expresión y representación y la escritura, en su vertiente ensayística y artística, es seguramente un vehículo principalísimo que transporta de aquí para allá tópicos y hallazgos. Yoandy Cabrera, de la Universidad Complutense de Madrid, lo sugiere en *De Sodoma: la historia por contar. Sobre literatura de tema homosexual en Cuba*, análisis de los ensayos del cubano Pedro Pérez Rivero. Iván Mahecha, Universidad de Rosario, Colombia, pretende abundar en el uso que emana de las construcciones ideológicas con su texto *Lo sublime opresor o lo sublime como ideología*. Pero, entre la representación de lo sublime y la hegemonía de las formas patriarcales las mujeres han vivido siempre experiencias límite. Es el caso de Clorinda Matto, en el tránsito de los siglos XIX al XX, explicado por Francisco Martínez Hoyos: *El exilio de Clorinda Matto de Turner*, el largo y fructífero viaje de esta peruana, feminista esforzada en cuyo haber consta la privilegiada constatación de un mundo diverso y frágil, americano y europeo. Vanessa Tessada, de la Universidad de Valladolid, retoma América en su artículo, al referirse a uno de sus procesos históricos más ominosos, la dictadura pinochetista, y por ello mismo merecedores de análisis: *La Secretaría Nacional de la Mujer y la Sección Femenina. Ecos hispanistas en la dictadura militar chilena (1973-1990)*. De nuevo en Europa, y ahora en el tiempo presente, podemos leer la interesante aportación de las investigadoras del CSIC Rebeca Ibáñez Martín y Marta I. González García, *Una alimentación de cuidado: la biomedicalización y la persistencia de la performatividad del género en la comercialización de los alimentos funcionales*.

Mi agradecimiento a quienes han participado con sus textos en este número de la revista *Kóre*, también a mis compañeras del Grupo de Investigación, dadas siempre a mirar con ojo crítico la trama interna del proyecto. Su intervención me ha permitido reflexionar sobre la estructura del número y reconsiderar posturas al respecto. Mi agradecimiento también a Ana González Pelayo, colaboradora departamental y en quien ha recaído la ingrata tarea de ayudar en la elaboración de este número.

Montserrat Huguet

26 de abril de 2011